

LA VENERABLE MADRE DE AGREDA Y BRIVIESCA

Hay en Briviesca una Virgen diminuta, graciosa; su nombre es el más hermoso que pudiéramos desear: Nuestra Señora de la Serenidad. Serenidad es más que paz, es el sosiego sabroso con que saboreamos los dones deleitables de la paz. Serenidad, Serenidad, cuatro notas musicales de una antifona sacada del más arcano y melodioso marial, del alma y enamorada y ardiente de Sor María de Jesús de Agreda, Cronista de la celestial Señora, archivera de sus secretos y evangelista de María.

Esta burgalesa insigne, burgalesa porque Agreda era otra tierra de Burgos y así vemos que ella data sus documentos: «En el Convento de la Inmaculada Concepción de la Villa de Agreda de la Provincia de Burgos» y porque Soria y Burgos están entrañablemente unidas y hermanadas; burgalesa también porque ella se formó en el regazo materno de la Provincia Seráfica de Burgos, en la Custodia de Santa María de los menores de Briviesca.

Esta mujer admirable, que por inefable designación, fue elegida para revelar al mundo la vida divina de la Virgen silenciada por los Evangelios es la Teresa del XVII, de aquella España de Felipe IV, la de la pérdida de la unidad (sublevaciones de Portugal y Cataluña), la del ocaso de Rocroy. Sostuvo el ánimo abatido de Felipe, le aconsejó, oró y sufrió por su patria a la que amaba apasionadamente. Si Santa Teresa pide a sus hijas que «encomienden a Dios los negocios de Portugal por lo mucho que importaban», María Coronel ruega para que esta unión no fracase, escribe al Papa Alejandro VII para evitar la guerra con Francia.

Su fama vuela por España y fuera de ella. A la monja agredana acuden gentes de toda condición, desde el Rey al labriego, desde el teólogo al humilde devoto lugareño.

Por estos años Briviesca se ve afligida por una larga serie de desdichas que la despueblan y empobrecen: plagas, sequías, nublados y continuadas tormentas que ocasionan pérdidas en los ganados y en las mieses y la muerte de muchos vecinos.

Al leer las cartas del Cabildo y las del Municipio de esta época, encontramos parecidas lamentaciones: «Domingo, día de la Santísima Trinidad, cayó una chispa que destruyó la torre de la parroquial de San Martín». «Un gran nublado cayó sobre estos términos y en poco tiempo destruyó toda la cosecha, mató a dos pastores y a un arriero y a su mula, con que el llanto se hizo general». Tan persistentes son las tormentas y con gran aparato de rayos y truenos, que la gente se atemoriza y se encoge ante tanta muerte y desastre y se hacen conjuros contra «la tempestad de truenos, granizo y rayos y contra las langostas», según las preces litúrgicas autorizadas en 1596 por el licenciado don Francisco Dávila, del Consejo de S. M., de la Santa y General Inquisición y Juez dado por S. S. y por S. M. para la superintendencia del nuevo rezado, preces que fueron impresas en Burgos por Phelipe de Iunta, año de 1596, en un curioso librito.

En esa angustia y apretura la villa de Briviesca acudió también a aquella a quien los contemporáneos reputaban por «madre común de la Patria, por asylo y remedio de sus males».

No podía presentarse a la sierva de Dios petición más grata. Iba recomendada por los graves religiosos del convento franciscano de Nuestra Señora del Puerto de Salud, extramuros de Briviesca y de la reforma en Castilla, famoso por su austeridad, que le hacía propicio a los ojos de la Venerable cuya pobreza y vida seráfica conocía por sus dos hermanos, los venerables fray José y fray Pedro Coronel, que habían morado en él diversas veces.

Recordemos también que la milagrosa imagen de la Virgen del Coro, tan amada de Sor María, le fue llevada a la Madre de Agreda por el Padre fray Pedro Monterón, como donación del Conde de Lemus, cuyo secretario era el caballero briviescano don Alonso de Lara.

La Venerable envió a Briviesca en retorno de sus súplicas y como universal remedio de todos sus males la imagen de la Virgen, tan pequeña y amable y dió, no sin inspiración del cielo el nombre melodioso de la Serenidad, confiándola para su

guarda a los franciscanos del Convento de la Salud, de esta villa.

Y fue remedio eficaz y bálsamo para aquellos angustiados briviescanos, como leemos en las actas del Cabildo y los tiempos se hicieron bonancibles.

En 1650 se colocó la imagen de la Señora al pie del Santo Cristo en el Convento de los Menores y luego se fabricó altar y capilla para Ella debajo del coro hasta que en 1714 se hizo magnífica capilla «con altar de primorosa hechura».

El 20 de julio de 1676 se funda la cofradía de la Serenidad a la que aclaman como abogada y defensora en las tormentas y piedra y se celebraron en su honor unas fiestas magníficas a cuyos gastos ayudan eclesiásticos y seglares. Hubo cohetes y dulces y se lidiaron tres toros de Montalvo.

El 7 de julio de 1697 ante el peligro de malograrse las cosechas por el exceso de humedad, pues llovió tanto y tan seguido como hacía años que no se habían visto tantas aguas, a petición de la Villa y los Cabildos de Santa María y San Martín, se bajó a Nuestra Señora de la Serenidad a la Colegial y se hizo el novenario con misa de la Virgen según sus festividades y por la noche letanía y salve pidiendo tiempos serenos.

También por julio de 1705 se hizo la misma petición por don Isidro Bernal, alcalde por el estado noble y el día 6 se bajó la Virgen desde San Francisco a la Colegial.

Se fijó luego su fiesta el 2 de junio. Ese día el capiscol decía la misa en la rogativa de la Serenidad acudiendo numeroso concurso de gente de la Villa y de su jurisdicción.

Innumerables veces se derramó su maternal ternura sobre los pobres y los angustiados, sobre los oprimidos por el dolor. Su nombre es prenda de sus misericordias; es un eco de aquellos nombres que diera a la Virgen la «monja santa de Agreda» en la Letanía de los nombres maravillosos de la Reina del Cielo, mi Señora: Arco del Cielo que anuncia la serenidad, ejecutora del beneplácito divino con las criaturas, mapa de las maravillas de Dios, nave rica, cargada del Pan que nos sustenta.

Cuando vinieron los tristes tiempos de la desamortización y la «abominación de la desolación» se asentó en el lugar santo, el convento se arruinó y la Virgen bajó a la Colegiata y allí sigue siempre amable, dispensando sus gracias como ayer y como siempre.